

dicho, determinar la época en que un grupo de emigrados se separó del tronco primitivo. Cuatro familias de idiomas, el celta, el slavo, el alto y bajo alemán, salidos según lo hemos visto del Oriente, se han derramado por la Europa. Pues bien: llevan en sí mismos la prueba de que los pueblos que los hablan se separaron del tronco común en épocas diferentes y en el orden indicado en la enumeración que acabamos de hacer. En efecto, una extensa inducción ha establecido la regla de que cuanto más numerosos son los puntos de semejanza entre las lenguas, más reciente es su separación. Así las lenguas teutónicas se parecen mucho más y en mayor número de detalles al sanscrito, que las lenguas slavas, y estas más que las célticas. De ahí se infiere que las tribus célticas emigraron las primeras, después las slavas, y en último lugar las alemanas altas y bajas. Los mismos resultados han dado otros idiomas análogamente analizados. Dejaremos de indicarlos aquí para mencionar al concluir nuestro trabajo, la relación que existe entre las grandes divisiones de las lenguas de la tierra.

Al clasificar y dividir las diversas familias de idiomas, se empieza reduciendo sucesivamente su número, y se acaba por fijar al fin tres grandes divisiones que parecen no tener nada de común, y cuyos tipos extremos son el sanscrito, el hebreo y el chino. Sin embargo, las más minuciosas investigaciones han demostrado que en esas lenguas los nombres de número (1), los pronombres y otros elementos esenciales se asemejan, lo que denota una unión originaria, rota es verdad muy al principio, por efecto de su división. Por distantes que parezcan las familias semítica é indo-germánica, el estudio de los geográficos llenará probablemente el abismo que las separa. Bunsen afirma que la lengua egipcia ocupa el término medio entre la semítica y la indo-germánica, porque sus formas y raíces no pueden explicarse aisladamente por ninguna de ellas, siendo como lo son evidentemente, una combinación de las dos. Esas grandes diferencias no ofrecen, sin embargo, menos interés que las semejanzas, porque son la prueba de una separación violenta que debe haber tenido lugar hacia la llanura de Shinar. Cuando una erupción volcánica divide una montaña, sus bases quedan tan dislocadas y trastornadas, que la identidad de su estructura se destruye casi por entero; pero conservan, no obstante, una semejanza suficiente, para que pueda reconocerse su primitiva unión. Lo mismo sucede con las lenguas. Las diferencias entre las grandes familias indican una separación brusca y violenta, mientras que las semejanzas bastan para desechar la diversidad de su origen y para establecer que hubo un tiempo en que «toda la tierra no tenía más que una lengua y un discurso.»

La transición de la unidad de *lenguaje* á la unidad de los pueblos que le *hablan* es fácil, puesto que la diversidad de los idiomas queda suficientemente explicada, suponiendo que éstos últimos salieron de una misma patria, llevando consigo una parte de la lengua común. Esos fragmentos cotejados, se adaptan bastante bien los unos á los otros para demostrar su conexión originaria, mientras que las agregaciones sucesivas que han recibido, indican por la naturaleza de sus materiales, las localidades que las suministraron. Las lenguas actuales del género humano no son otra cosa que dialectos de un idioma primitivo, y los hombres, súbditos de un solo y grande imperio, separados por los provincialismos, pero unidos por su lengua matriz.

(1) Esta comparación de los nombres numéricos en las lenguas más diferentes, ha sido desempeñada con mucho talento y acierto por el célebre filólogo alemán Lepsius.

La conclusión de que la población de toda la tierra salió de un centro único y se formó gradualmente en épocas diversas, está confirmada por la geografía física. La disposición de las montañas y de los valles, de los ríos y de los mares, indica á la vez las barreras y las vías de comunicación de las emigraciones. La verdad de nuestra teoría se prueba también hasta la evidencia, por el testimonio unánime de todas las ciencias. De ahí, sobre todo, toma su fuerza y su autoridad. Pero nos vemos obligados á limitarnos á estas rápidas indicaciones, que todas, como se ve, confirman lo que enseña la Escritura, que todos los hombres son miembros de la misma familia, é hijos de los mismos padres.

Se ha elevado contra esta conclusión una objeción *cronológica* bastante especiosa. «La fisonomía nacional de los etíopes, de los persas y de los judíos, no ha cambiado desde hace más de tres mil años, como lo prueban las antiguas pinturas del sepulcro de Rhamases el Grande, descubierto en Tebas por Belzoni (2).» «El etnólogo versado en los estudios egipcios, no debe vacilar en proclamar que los caracteres fisiológicos, craneológicos, cutáneos y capilares que distinguen á las razas humanas, existían desde el momento de la primera dispersión de los hombres sobre la tierra (3).» Que las diferencias de color existen entre los hombres desde hace miles de años, es cosa que no puede ponerse en duda; pero de ahí no se sigue de modo alguno, que hayan aquellas existido *siempre*. Tampoco haremos intervenir al *tiempo* como causa de la coloración; lo que supone, sin embargo, el citado escritor, cuando dice: «que cuatro mil años no han producido el menor efecto para blanquear á los negros.» Que el color permanece el mismo mientras subsisten las mismas condiciones físicas, es un hecho completamente de acuerdo con nuestra doctrina, y que confirma por consiguiente el ejemplo aquí referido. Se padecen, no obstante en nuestra opinión, bastantes equivocaciones sobre la indicación del tiempo absolutamente necesario á los agentes exteriores, para modificar completamente la constitución humana. Las variaciones de forma y de matiz no se realizan en una ó dos generaciones; pero basta sí un corto número de siglos para verificarlas. Ya hemos citado las transformaciones ocurridas por el cambio de las condiciones físicas en el transcurso de algunos siglos, entre los turcos, la nobleza húngara, los judíos, los barabras y los irlandeses. Lyell ha observado hasta un mejoramiento evidente entre los esclavos negros de la América, por resultado de la influencia del clima y de la civilización de los viznietos de los indígenas africanos.

Pero la objeción se dirige principalmente contra la cronología bíblica que resulta así declarada inconciliable con la existencia de hombres negros hace cuatro mil años, á no admitirse la hipótesis de la distinción original de las razas. Seguramente los 4,197 años que según la versión de la Biblia, nos separan del diluvio, no bastan para las emigraciones y para los cambios de que se ha hablado. ¿Pero la cronología *añadida* á nuestra Biblia, tiene acaso la autoridad de la revelación? ¿No es más bien una obra puramente humana?

«En cuanto al cálculo de los tiempos de los judíos, dice Bunsen, el estudio de la Escritura me ha convencido que no hay en el Antiguo Testamento ninguna cronología seguida antes de Salomón. Todo lo que se llama un sistema cronológico más allá de esa fecha, es el triste legado de los siglos xvii y xviii, un cúmulo de errores voluntarios y un olvido completo

(2) Somerville, *Geografía física*, tomo II, pág. 253.

(3) Gliddon, *Antiguo Egipto*, pág. 31.—Sentimos ver repetida esta opinión subversiva de la relación mosaica, en una obra reciente del mismo autor: *Otía egyptiaca etc.*, 1849.